

Ida Danciu

De Berlín a Madrid, hablando de una necrópolis cubana: entrevista a Antonio José Ponte

Antonio José Ponte (Matanzas, Cuba, 1964) es poeta, ensayista y narrador. En la actualidad vive exiliado en Madrid. Ha recibido el Premio Nacional de la Crítica en Cuba por *Poesía (1982-1989)* en 1991 y en 1995 por *Un seguidor de Montaigne mira La Habana* (Matanzas, 1985). Ha publicado también: *Trece Poemas* (La Habana, 1990), *Asiento en las ruinas* (La Habana, 1997), *Las comidas profundas* (París, 1997), *Corazón de skitaliez* (Cienfuegos, 1998), *Ramón Alejandro* (Francia, 1999), *Cuentos de todas partes del Imperio* (París, 2000), *Contrabando de sombras* (Barcelona, 2002), *El libro perdido de los origenistas* (México, 2004), *Un arte de hacer ruinas y otros cuentos* (México, 2005), *La fiesta vigilada* (Barcelona, 2007). Forma parte del consejo de redacción de la revista del exilio *Encuentro de la Cultura Cubana* desde 2001. Fue suspendido de la UNEAC en el año 2003.

Antonio José Ponte pertenece a la generación de los ‘novísimos’ de la literatura cubana, que se formaron dentro de la Revolución con la promesa y el deber ser del ‘hombre nuevo’. Como muchos que empezaron a escribir en la década de los ochenta, escogió durante el ‘periodo especial’ el camino al exilio. Hace tres años que vive en Madrid. La crítica literaria internacional aprecia a Ponte como a uno de los autores más prometedores de la nueva literatura cubana. En su narrativa, marcada por la genealogía generacional, convergen ficción y autobiografía, una estética barroca crítica y una perspectiva

arqueológica en torno a La Habana con sus edificios y discursos en ruinas.

Conocí personalmente a Antonio José Ponte en el año 2007 con motivo de la presentación en Berlín de la traducción al alemán de su libro *La fiesta vigilada* (2007), y de su colaboración en el documental *Habana. Arte nuevo de hacer ruinas* (2006), dirigido por Florian Borchmeyer. Desde entonces me asomé a la lectura de su obra, con ayuda de los libros y las informaciones que Ponte fue enviándome a Berlín. Si al decir de Borges el destino se cifra en el nombre, creo poder afirmar que otra cuerda de aquel puente que es Ponte se tiende hasta Berlín. Vuelvo ahora a aquel primer encuentro con Ponte, y a nuestro primer diálogo como punto de partida de esta entrevista:

Ida Danciu (ID): Después de una lectura que hiciste en Berlín, formulé una pregunta acerca del fracaso de la utopía del hombre nuevo. Me contestaste diciéndome que el concepto del hombre nuevo era principalmente un problema pedagógico y que fracasó debido a la imposibilidad del proyecto, comparable con el intento de evangelizar a todo un pueblo, convirtiéndolo así una idea perversa en un dogma. En *Un seguidor de Montaigne mira La Habana* (1985) creí haber leído un intento filosófico de plantear una perspectiva estética (y ética) individualista frente al dogma y sus efectos. Aunque recurre también a otros filósofos –entre ellos Buber, Kierkegaard– ¿fue la filosofía de Montaigne, la que mejor te sirvió para reclamar el derecho a la propia individualidad?

Antonio José Ponte (AJP): El concepto de hombre nuevo podría formularse principalmente como un problema pedagógico siempre que reconozcamos que es el Estado quien funciona como único pedagogo, y que ese propio maestro logra

hacer sofocante la idea de ‘aula’ desde el momento en que no puede salirse nunca de ella. Se trata entonces de una clase que no termina, y de un aula sin salida. La obtención del hombre nuevo presupone la solución del problema del mal, presupone que el mal sea totalmente exterminado de una sociedad. Y es necesario desconfiar de las soluciones totales aun cuando parezcan guiadas por razones excelentes, pues tales soluciones no pueden producir más que opresiones totales. Por supuesto, cuando tropezamos con un pedagogo con atribuciones sobre la vida (nacimiento del hombre nuevo) y la muerte (exterminación de todo el mal), puede hablarse ya de biopoder. Remitirme a Montaigne desde el título de uno de mis primeros libros constituyó para mí un gesto liberador. Liberador de forma, porque significó aspirar a un tono personal, íntimo, que echaba de menos en el ensayismo publicado en Cuba por entonces. Y, claro, liberador de pensamiento. Oponía la tremenda humanidad de un Montaigne (uno de los escritores por los que siento más curiosidad biográfica) a la inhumanidad robótica del hombre nuevo. A Montaigne podría calificársele del mismo modo que Georges Duhamel calificó a Erasmo (otro ejemplo liberador): ‘Rey del pero’. Y, enfrentados a un mito totalizador como el del hombre nuevo, créeme que nada resulta más útil que una buena conjunción adversativa: ‘pero’. En las páginas de ese libro mío cito a Kierkegaard y a Nietzsche por sus opuestas opiniones en relación con la historia contrafactual: Nietzsche a favor, Kierkegaard en contra. No recuerdo ya de qué libro saqué la cita de Buber, pero de vez en cuando releo los volúmenes que él dedicó a los maestros hasídicos. Son espléndidas narraciones.

ID: En varios artículos sobre la nueva narrativa cubana leí sobre la inscripción de los ‘novísimos’ en la tradición de la

literatura occidental. En cambio, las ‘bur-las organizadas’, como llamas en *La fiesta vigilada* a las medidas estatales contra la prostitución en Cuba, las realidades heterogéneas, los espacios de memoria y de sueños en tu literatura, los rasgos de lo fantástico, inician mi búsqueda de cuánto de Borges hay en Ponte. Otra investigación que para mí está pendiente todavía, es ver cuánto de Piñera, hay en la narrativa de Ponte, sólo para mencionar un punto de partida. ¿Son ésas concesiones de tu parte a la tradición de literatura latinoamericana?

AJP: Yo hablaría de deudas, antes que de concesiones. Porque tiene algo de magnánimo quien hace concesiones, se rebaja desde alguna majestad. Y estar en deuda, en cambio, da una imagen más exacta, de agradecimiento angustioso, de carga agradecida que se sobrelleva. No me toca a mí calcular cuánto de Borges hay en lo que he escrito, pero sí que puedo dar testimonio de cuánto Borges ha habido y hay en mis lecturas. Él es, quizás, el escritor de lengua española que más he releído. Vuelvo a Borges para dar con la sabiduría de quien es capaz de repetirse y variar esas repeticiones, de un maestro de las variaciones. Y en cada vuelta a sus páginas encuentro pasión por el conocimiento, el ardor de la curiosidad. Si algo suyo podría caber en lo que escribo, quisiera que fuera eso: todo lo que nos impulsa, amorosa o amistosamente, a tratar seguidamente a alguien, a reconocerlo y, a la vez, a considerarlo inagotable. En menor grado, también soy un lector de Piñera. A propósito, por estos días leo las notas diarias de Bioy Casares sobre Borges, y aparecen varias menciones de Piñera. Alguna de ellas no muy halagüeña, por cierto.

ID: En la segunda mitad de los ochenta hubo dos proyectos generacionales, promovidos por ‘novísimos’, que desafiaron los poderes heterónomos e intentaron

un reajuste de los paradigmas político-culturales cubanos: PAIDEIA y *Naranja Dulce*. ¿Qué recuerdos tienes del grupo PAIDEIA y el suplemento cultural *Naranja Dulce*? En los documentos “Paideia I” y “Paideia V” presentados en *Cubista Magazine* aparece también tu firma.

AJP: Te resumo mis recuerdos sobre PAIDEIA. Al inicio se trataba de dos documentos: el primero de ellos hacía una crítica de la situación cultural y política del país; el segundo, proponía un programa. Yo estaba de acuerdo con la crítica, no con el programa. No creía necesario sustituir a una ortodoxia por otra. No veía alternativa suficiente en Gramsci, por decirlo rápido. De manera que pedí que incluyeran mi firma en el primero, pero no en el segundo. No firmé yo directamente, porque entonces estaba cumpliendo mi servicio social como ingeniero al oriente del país y sólo iba a La Habana por unos pocos días. Mi participación estuvo, pues, limitada por esa lejanía. Pero mi lejanía no sólo era geográfica, también estaba lejos de quienes dirigían el proyecto. Al final, el documento se hizo público con la unión de ambos documentos iniciales. Y apareció mi firma sosteniendo también el programa, sin que me avisaran de los cambios ocurridos. Los líderes resolvían por sí mismos el rumbo. Y si entonces no retiré mi firma, fue porque muchos las retiraban presionados por la policía secreta. Pero luego, viendo el rumbo que tomaba aquello, pedí a los líderes que no me tuvieran más en cuenta. Ya para entonces ellos obligaban a los encartados a estudiar los textos de Gramsci y otros textos en círculos de estudio. Y al lector por la libre que soy le repugnaron aquellas lecturas forzadas, aquellos deberes. Amén de mis diferencias políticas: nunca creí que la revolución o el socialismo o lo que hubiese en Cuba pudiera perfeccionarse hasta dejarme satisfecho. Participé de la fundación

de *Naranja Dulce*, y también de allí preferíirme. Porque ese proyecto estaba bastante relacionado con PAIDEIA, y allí tropezaba (en los pocos números que se hicieron) con la misma inflexibilidad de cierta gente. No creo, sin embargo, que ambos fueran hechos espurios, o que no valieran la pena. Sirvieron como protesta y como síntoma de esos años.

ID: Hay una serie de alegorías políticas de la realidad cubana de los años noventa en tu novela *Contrabando de sombras*, como lo revelan el “Ministerio de la Guerra después de la Guerra” o la participación del protagonista Vladimir en un grupo de acción cultural en el pasado reciente. ¿Intentaste alguna vez publicar *Contrabando de sombras* en Cuba?

AJP: Ya desde algunos años antes, desde la publicación de *Las comidas profundas*, me había prometido no exponer libro mío a ningún comisario político. Mientras avanzaba en la escritura de un libro habría sido desalentador imaginar como primer lector a un comisario, no importa cuál fuera su veredicto. Pero debo confesar que, aunque ya para entonces sólo publicaba mis libros fuera de Cuba, continué entregando reseñas a algunas revistas habaneras, pues creía útil llamar la atención sobre ciertos libros, y criticar otros que sólo recibían elogios.

ID: En *Contrabando de sombras* se señala que Vladimir se encuentra ante una decisión: “Subir o no a la barca”. El dilema que describes en *La fiesta vigilada* —de quedarse en el extranjero o volver a Cuba— ¿era igualmente una decisión entre la libertad y la felicidad? ¿Es La Habana una musa a pesar o, mejor, a causa de sus ruinas?

AJP: Los dos protagonistas de *La fiesta vigilada* (Vladimir y el innominado, que podría confundirse con el autor) se enfrentan a dilemas. La libertad tal vez sea el único dilema de ambos. Ser libres,

cumplirse como individuos, procurar ser ellos mismos. Tal vez en esto resida todo lo que desvela a esos personajes. Vladimir tendría que rebasar el pasado que vuelve en oleadas. El protagonista del otro libro tendría que marcharse al extranjero. En cuanto a La Habana... La Habana es un problema, un montón de problemas, una problemática, antes que una musa.

ID: El cementerio es según Foucault un lugar heterotópico, una ciudad otra. ¿Es *Contrabando de sombras* una novela anti-utópica en la que se narra una tétrica práctica de la persecución y el castigo a los que se alejan de una sexualidad normativizada?

AJP: Tengo este recuerdo de la época en que escribía *Contrabando de sombras*: el cartel que debería identificar al mayor cementerio habanero apuntaba hacia la ciudad. Decía “Necrópolis” y dirigía su flecha no hacia adentro, sino hacia fuera de los muros del cementerio. Espero no haber incluido este detalle en la novela, porque la realidad soporta mejor las malas metáforas que las páginas que escribe uno. En cualquier caso, una equivocación como ésa resulta sumamente locuaz. En efecto, el cementerio puede ser un espacio al cual escapar de las férreas leyes de la ciudad. Sin embargo, esa escapada ocurre dentro de los límites de la ciudad. Y mientras más se huye, más se adentra uno en aquello de lo que huye. No hay, pues, escapatoria. Y fue por eso, entre otras razones, que escogí un cementerio como espacio de la novela.

ID: Si es así ¿Es un capítulo que acontece en el pasado?

AJP: Escapar del presente dentro de un cementerio debería conducir inevitablemente al pasado. Pero los personajes de ese libro buscan allí algo más.

ID: En *El libro perdido de los origenistas* (2004) escribes acerca de la variante hipocondríaca de la censura: la auto-

censura. ¿Te ha limitado a ti mismo esta variante en tus escritos?

AJP: *El libro perdido de los origenistas* recoge ensayos escritos a lo largo de quince años. Ensayos que versan sobre el mismo grupo de autores. Pura obsesión, tal como comprendí el día en que me propuse hacer con ellos un libro. Y en el prólogo reconozco haber hecho, a la larga, un volumen abiertamente político. Para ello tuvo que pasar más de una década, tuve que vencer ciertas precauciones. Todo lo cual, para no ser eufemístico, cabría calificar de autocensura.

ID: En *Contrabando de sombras* se pierde un libro que contiene un capítulo oscuro de la historia. ¿Es eso en alusión a la barca de la inquisición, una especie de leyenda negra de la política sexual en Cuba? El sueño de Vladimir, en el que la barca de la inquisición se transforma en un camión de policía, transpone la pesadilla en la realidad y fuera del pasado nos coloca en el presente. ¿Es esto realista o es la descripción de un trauma? ¿Es en verdad en Cuba la homosexualidad todavía un tabú, todavía después de *El lobo, el bosque y el hombre nuevo* (1991) de Senel Paz y, en particular de su trasposición cinematográfica en *Fresa y Chocolate*, que además fue un éxito como pieza teatral en La Habana?

AJP: En mi libro de ensayos *El libro perdido de los origenistas* junté un par de episodios narrados por José Lezama Lima y Eliseo Diego, dos escritores agrupados en torno a la revista *Órigenes*. En el relato de uno y en la novela del otro se pierde un libro de suma importancia nacional, un gran libro sapiencial, una *summa* cubana. La pérdida de esos dos libros acarreará desmemoria para toda una cultura. A diferencia de estos dos ejemplos, el libro que se pierde en *Contrabando de sombras* resulta mucho más modesto. No se trata de un manuscrito, sino de un libro impre-

so, y habrá otras copias. No se pierde con él todo un sistema. Y, respondiendo a tu pregunta sobre la homosexualidad como tabú en Cuba, es sabido que en décadas anteriores hubo campos de concentración destinados a homosexuales, religiosos, *hippies*, seguidores del rock. Hubo persecuciones y expulsiones y encarcelamientos. Y actualmente coexisten una política oficial de adopción (Mariela Castro, hija del actual presidente cubano, es quien la lidera) y la antigua intolerancia de siempre. Por supuesto, es posible sospechar de cuán bienintencionadas sean las razones de Mariela Castro y su equipo.

ID: En “Un arte de hacer ruinas” y en *La fiesta vigilada* describes el fenómeno de la “estática milagrosa” que hace que las casas todavía se sostengan a pesar de que según las leyes elementales de la física deberían caerse. ¿Existe en realidad el tratado breve del profesor D. al que te refieres? (Otro libro perdido, del cual quedan fragmentos en tu narrativa.) ¿Es ésa la respuesta paradójica de la realidad por medio de la ficción a lo real maravilloso?

AJP: Entre los urbanistas existe el término “estática milagrosa”, que alcancé a leer en una revista habanera de arquitectura. Un término muy curioso, que habla de la desesperación de los especialistas ante la burla de ciertos principios aceptados generalmente. Pues sólo una estática distinta a la que acostumbra a considerarse podría explicar la pervivencia de viejos edificios llamados al derrumbe. Sólo gracias a una milagrosa estática podrían explicarse tales violaciones a la ley gravitatoria universal, a la teoría de resistencia de los materiales... Lamentablemente, no existe el *Breve tratado de estática milagrosa* del cual hablo en ese cuento. Pero es un título hermoso, creo. Y a veces me dan deseos de convertirme en el profesor D. y componer un librito que pueda llevar ese nombre. En cuanto a lo real maravillo-

so, me parece una teoría de más corto alcance que las que contradicen esos viejos edificios todavía en pie. Y no me gustan muchas de las edificaciones construidas bajo sus principios. Me siento lejos de esas construcciones.

ID: En *La fiesta vigilada* problematizas la legitimación moral de los ruinólogos, como pretexto de doble sentido. La fascinación del espectador demuestra placer estético unido con perversión y cargo de conciencia. Escribes: “Aquel que halla deleite en ruinas habitadas cabe entre los espectadores de penas capitales, los visitantes de morgues y de anfiteatros anatómicos, los curiosos de incendios [...]. Pertenece sin dudas a la pandilla enamorada de la destrucción, a la Sociedad de Concedores del Asesinato” y “Todo ruinólogo [...] [d]a con una belleza martirizada, [...] macabra”. Escribiendo sobre las ruinas de La Habana, o guiando a través de las ruinas de La Habana, como en el documental *Nuevo arte de hacer ruinas*, le muestras al espectador la estética macabra y espeluznante de la catástrofe. ¿Solamente un habitante de las ruinas tiene el derecho de percatarse de su estética? ¿No excluyes a la vez paradójicamente a tus lectores de ese derecho? ¿No es el lector a la vez un turista virtual?

AJP: Creo que esa relación entre placer y culpa, entre apreciación y remordimiento, puede ser extensible a los lectores de *La fiesta vigilada*. Hablo de los lectores que no se sientan desalentados con la sección de libro que dedico a pensar eso que en alemán he visto llamar *Ruinenlust*, y cuyo equivalente no encuentro en lengua española. (Tampoco existe equivalente en español para el término francés *ruiniste*.) Ahora bien, todo esto resulta más problemático en el caso de quien encuentra belleza en la miseria que habita. Y es por ello que, en contra de los ejemplos de turista que pudiéramos encontrar por montones, a

mí me interesó la apreciación de las ruinas hechas por los británicos cuando sus ciudades fueron bombardeadas.

ID: En *La fiesta vigilada* emprendes un excursio filosófico sobre Walter Benjamin, quien cuenta que los relojes de las fachadas eran los blancos preferidos de los disparos revolucionarios de la Comuna de París. Aquí se abre una perspectiva mítico-teológica, en la que la lucha profana de la revolución que aspira a instalar permanentemente su victoria, se opone a Cronos, al divino y natural curso del tiempo. La revolución está estilizada como lucha profana de la nada contra Dios, de lo vacío contra lo perfecto. A través de esa referencia filosófica, le indicas a la revolución un lugar opuesto a lo sacral.

AJP: Cuando hablo de la lucha de la administración revolucionaria contra un dios, tal lucha debería entenderse como una teomaquia, como una batalla entre dioses. La administración revolucionaria no opera para desacralizar, para abrir una brecha profana en el tiempo sagrado. Por el contrario, la nueva casta sacerdotal procura sustituir a un dios por otro, expulsar a Cronos para entronizar en su lugar a la Diosa Revolución. Y hablo por tanto del proceso de domesticación de un dios, de cómo se doblega la fuerza salvaje del dios Tiempo hasta convertirlo en un animalito doméstico, en una mascota, en un bicho de compañía. La revolución es sagrada para sus seguidores. Y viene en mi auxilio este lema político que escuché tantas veces, que tantas veces vi en grandes caracteres, y que debo haber coreado alguna vez durante mi infancia: “Los hombres mueren, el Partido es inmortal”.

Ida Danciu ha trabajado sobre la narrativa de Antonio José Ponte y prepara actualmente su tesis de doctorado sobre la actual literatura cubana. Correo electrónico: valedda@googlemail.com.

Oniel Francisco Díaz Jiménez

Las campañas en la elección intermedia de 2009 en México. Contexto político-institucional y tendencias en las prácticas de campaña electoral

Introducción

Desde finales de la década de los ochenta México ha experimentado un profundo proceso de cambio electoral e institucional, el cual ha tenido importantes consecuencias para su sistema de partidos. El proceso de cambio político ha obligado a los partidos mexicanos a adaptarse al nuevo contexto electoral resultante de la transición desde un sistema de partido dominante hacia un sistema de partidos más competitivo y democrático. De manera similar a sus contrapartes en democracias avanzadas, los partidos mexicanos han respondido a los retos planteados por el cambio en el mercado electoral mediante estrategias y acciones de diversos tipos. Entre tales estrategias se encuentran los cambios en la estructura organizativa de los partidos y en las formas en cómo partidos y candidatos comunican sus mensajes al electorado con el fin de maximizar votos. Otras estrategias han estado orientadas a realizar cambios a nivel ideológico-programático así como a adoptar y promover diversos temas de políticas públicas. Otras respuestas estratégicas han implicado transformaciones en los mecanismos de selección de candidatos, y algunas más han consistido en promover reformas a la legislación y las instituciones electorales.

El presente artículo se enfoca en una de las estrategias mediante las cuales los tres partidos mexicanos más grandes —el